

INTRODUCCIÓN

LA investigación que ha conducido a este libro parte de la intención no tanto de resolver una pregunta específica, sino de buscar respuestas a ciertas inquietudes que me ocupaban desde hacía años. Siempre me había llamado profundamente la atención el enfrentamiento entre la Monarquía Hispánica y la Compañía de las Indias Orientales neerlandesa —VOC, por sus siglas en neerlandés, Vereenigde Oost-Indische Compagnie— en un paraje tan remoto como las diminutas islas Molucas, ubicadas al este de la isla de Célebes, en la actual Indonesia. ¿Cómo era posible que dos poderes tan cercanos pugnasen durante décadas por un enclave tan alejado? ¿Por qué lo hacían, además, en un periodo de tregua entre ambos que se había iniciado en 1609? ¿Cómo podía acontecer tal cosa en un reinado tan «pacífico» como el de Felipe III, un monarca que tantos acuerdos diplomáticos había suscrito con sus enemigos? ¿Existía algún plan o visión particular para los dominios españoles del sudeste asiático, un lugar tan extenso, tan alejado de Madrid y que se revelaba tan importante para la Corona española?

Pronto pude ver que se conocía bien el pensamiento geopolítico o la estrategia para el espacio ultramarino durante los reinados de Felipe II y Felipe IV, pero no ocurría lo mismo con el de Felipe III. Este último reinado, si bien no había sido tan denostado como el de Carlos II, había quedado fuera del interés general y del suscitado por los largos reinados de su padre y de su hijo, vistos respectivamente como el cenit y el ocaso del Siglo de Oro. El de Felipe III, en cambio, se mostraba desdibujado, como un mero periodo de transición. La mayoría de las investigaciones sobre esta etapa se habían centrado en cuestiones de ámbito interno —la expulsión de los moriscos— y, en especial, en la figura del duque de Lerma y su valimiento.¹ Además, cuando se habían enfocado en la política exterior, lo habían hecho en las cuestiones sobre todo europeas² y habían dejado bastante de lado los otros espacios.³

¹ FEROS 2002; ALVAR EZQUERRA 2010; WILLIAMS 2010.

² ALLEN 2006.

³ Algunas excepciones son los estudios sobre América realizados por José Manuel Díaz Blanco y Amorina Villareal Brasca y, sobre el ámbito Mediterráneo, por Miguel Ángel de Bunes Ibarra. DÍAZ BLANCO 2010; VILLAREAL BRASCA 2024; BUNES IBARRA 2021.

Por otra parte, el tradicional vacío asociado a este reinado se unía a otro problema historiográfico: el relacionado con el mundo oriental en el contexto de la Monarquía Hispánica. A diferencia de lo que sucedía en el espacio portugués, en el cual Oriente tuvo históricamente un prestigio y una importancia notables dentro del ámbito ultramarino, en España este siempre fue muy secundario. La lejanía de la metrópolis, la escasez de españoles presentes y el hecho de no ser un lugar de fortuna sepultaron el interés por el espacio asiático en nuestro país. Fuera de los trabajos realizados por los religiosos, solo a finales del siglo xix la zona ganó interés. La circunstancia de que las Filipinas fuese una de las últimas partes del remanente imperial hispano realzó su importancia, en particular entre los funcionarios allí destacados.⁴ A mediados del siglo xx, la atención sobre el área asiática tuvo cierto despegue tanto en España⁵ como, sobre todo, fuera,⁶ pero fue a finales de esa misma centuria, en el contexto del quinto centenario del descubrimiento de América, cuando el número de trabajos sobre el archipiélago en la Edad Moderna se incrementó de modo sustancial.⁷ No obstante, aun con este aumento, los estudios se centraron de forma especial en ámbitos o temas concretos y no trataron las cuestiones antes apuntadas. El siglo xvii había quedado al margen, se había convertido en «la centuria desconocida», tal como la denominó historiadora Inmaculada Alva.⁸ Se trataba de un periodo difícil de calificar, pues estaba alejado de los años dorados de la conquista, pero también de las reformas y el crecimiento de la época borbónica. En esencia, no existía un gran entendimiento de lo que supuso el siglo xvii para el sudeste asiático, en especial para la gobernación filipina, ni un conocimiento o comprensión profundos de ese espacio durante el reinado de Felipe III, en el que resultó tan protagonista. De hecho, representó el momento en el que las Filipinas estuvieron más amenazadas; pero, a la vez, fue cuando se desarrollaron los proyectos más expansivos que convirtieron las islas en un marco decisivo para la política exterior de la Monarquía, un papel que no volverían a alcanzar en los siglos posteriores.

Con este estudio se pretende demostrar que Asia fue un escenario clave en la época de Felipe III, en especial en lo que se refiere a la gobernación filipina, y que resulta imposible entender este periodo sin tener en cuenta tanto los objetivos de la Monarquía en ese enclave tan lejano como las estrategias y las empresas que se pusieron en marcha para conseguirlos.

Una de las primeras cuestiones para considerar en esta etapa es la expansión de la guerra contra las provincias rebeldes neerlandesas. El conflicto en Flandes se había convertido en el principal problema exterior para Felipe III, pues llevaba activo desde

⁴ ESCOSURA 1882; MONTERO Y VIDAL 1888, 1895; RETANA 1895-1905.

⁵ MELÓN RUIZ DE GORDEJUELA 1940; DÍAZ-TRECHUELO 1959; TORMO SANZ 1971, 351-375.

⁶ BOXER 1946, 150-164; 1947, 91-105; LEDDY PHELAN 1959; CHAUNU 1960; BAUZON 1981; LYTLE SCHURTZ 1992.

⁷ SOLANO, RODAO Y TOGORES 1989; ALFONSO MOLA Y MARTÍNEZ SHAW 1999.

⁸ ALVA RODRÍGUEZ 2000, 209-248.

hacía décadas y drenaba una enorme cantidad de recursos de la Monarquía. Este enfrentamiento había estado localizado en sus fases iniciales en Europa, pero, a finales del siglo xvi, el creciente poder comercial y naval de los Países Bajos había proporcionado a los bátavos⁹ la capacidad para operar en ultramar. En pocos años estos habían establecido en el sudeste asiático una red de tratos comerciales, alianzas militares, fortalezas y factorías, que les permitieron conseguir valiosos productos como pimienta, canela, clavo, nuez moscada, etcétera. La rebelión flamenca había trascendido su carácter local y era un conflicto ultramarino en crecimiento que debía resolverse con la mayor urgencia, pues la actividad comercial neerlandesa no solo alimentaba la guerra contra la Monarquía en Europa, sino que era un claro desafío al monopolio en las Indias que los reinos ibéricos habían mantenido con bastante éxito durante todo el siglo xvi.

El reinado de Felipe III se inició con la necesidad de responder de forma eficaz a esta grave amenaza, lo que parecía más factible que nunca tras haberse firmado la paz con los otros dos grandes enemigos septentrionales, Francia (1598) e Inglaterra (1604). Sin embargo, pronto se demostró que el triunfo sobre los bátavos era una tarea casi imposible, pues al principio del siglo el ejército de Flandes tan solo había conseguido victorias costosas y poco decisivas. La imposibilidad de encauzar el conflicto desde Europa se sumaba a los reveses que el Estado da Índia portugués sufrió entre los años finales del siglo xvi y los iniciales del xvii, en sus intentos de frenar la expansión neerlandesa en el sudeste asiático. La incorporación lusa a la Monarquía Hispánica a partir de 1582 había supuesto su implicación en las políticas de embargo comercial ideadas por Felipe II en los años ochenta y noventa, un factor clave en la búsqueda por parte de los Países Bajos de los productos orientales en su lugar de origen. El dominio portugués de gran parte del Índico y de las zonas especieras había hecho que los bátavos se aproximaran en primer lugar a estas áreas y, por ende, fueron los lusos quienes sufrieron con mayor intensidad el impacto de la actividad de aquellos en los años correspondientes al cambio de siglo.

En este contexto de fracasos y con la posibilidad cada vez más clara en el horizonte de llegar a un acuerdo con los rebeldes, desde la corte, los consejeros del rey buscaron una solución en Asia, en concreto en las Filipinas. Desde allí, la Corona de Castilla podía implicarse de forma directa y con fuerza en la lucha que se libraba contra los bátavos en esa área, sobre todo en las islas Molucas —próximas a las Filipinas—, que constituían una posición importante para aquellos. Se esperaba que desde el archipiélago filipino se pudiese presionar y dañar lo suficiente a los neerlandeses para conseguir la ansiada y esquivada victoria que proporcionara una ventaja en negociaciones futuras.

Esta idea rompe de modo claro la tradicional imagen de la escasa importancia para la Monarquía Hispánica del espacio asiático, que en realidad no fue ni olvidado ni periférico en su estrategia global. De hecho, en un momento de ajuste y ahorro como

⁹ Téngase en cuenta que el término *bátavo* se utiliza a lo largo de la obra como sinónimo de *neerlandés*.

el reinado de Felipe III, la intervención española en las Molucas a partir de 1606 supuso la apertura de un frente estable en estas islas que requirió de la construcción y el mantenimiento de un entramado de fortalezas y guarniciones, así como de un sistema de socorros y abastecimiento desde Manila para mantenerlo activo y responder a la amenaza de la flota neerlandesa y de sus aliados locales. El aumento de la demanda de recursos, hombres y dinero para las Filipinas y las Molucas tuvo que hacerse a través de crecientes socorros desde Acapulco, sufragados por una Real Hacienda novohispana que cada año tuvo que implicarse en mayor medida con Asia, y por ello menos con Europa. La creación de este costoso y complejo frente, a miles de kilómetros de la metrópoli, supuso el traslado al otro lado del mundo de parte de la actividad bélica de la Monarquía y muestra que este reinado estuvo más volcado en el enfrentamiento de lo que tradicionalmente se ha expuesto. En vista de todo ello, la primera parte de este estudio se centra en abordar cómo evolucionó la importancia de las Filipinas y las Molucas en los planes de la Monarquía, de qué manera se desarrolló la intervención en el más pequeño de esos archipiélagos y cuáles fueron sus resultados inmediatos.

El escaso éxito español en las diminutas islas y la firma con los neerlandeses de la Tregua de los Doce Años (1609), en la que no se llegó a alcanzar un compromiso real por las partes en lo relativo a ultramar, dejaron abierta la posibilidad de continuar la guerra fuera de Europa. En la estrategia de la Monarquía esta situación dibujó un nuevo escenario para las Filipinas y el sudeste asiático, de modo que se convirtieron en un lugar en el que derrotar de forma definitiva a sus enemigos antes de que expirase el periodo de cese de hostilidades. Para ello, se orquestó un nuevo plan que incluyó la creación en las islas de una enorme escuadra de guerra que rivalizase —e incluso superase— a la poderosa armada neerlandesa. La materialización de esta gran flota fue el principal objetivo de la Monarquía Hispánica durante más de un lustro y supuso un auténtico desafío, dada la dificultad de obtener recursos, personal y dinero. Además, debido a lo ambicioso del proyecto, este fue planteado como una colaboración entre las diversas administraciones de la Monarquía, tanto las orientales —las Filipinas y la India portuguesa— como la de Nueva España, que debía abastecer a las Filipinas, y hasta la propia metrópoli, que también debía enviar recursos a Asia. Este complejo plan de acumulación de recursos, coordinación y comunicación entre distintos centros de poder, extremadamente alejados entre sí y con intereses muy diferentes, pone de manifiesto la voluntad de Madrid de lidiar con el problema neerlandés y el valor otorgado a Asia en el proceso proyectado para manejarlo. Así pues, la segunda parte de este trabajo aborda como punto central la descripción de la formación de esta gran escuadra, su gestación y su evolución; detalla la participación tanto de Goa como de Madrid en ese proyecto; y, por último, expone cómo se materializó y cuál fue su resultado final.

Entre 1616 y 1617 y después de casi una década de continuos fracasos en lo que se refiere a la formación de la esperada armada, Madrid se replanteó sus objetivos en Asia.

Los neerlandeses tenían ahora más fuerza en ultramar que antes de la tregua y esta no iba a tardar en expirar. Por lo tanto, en la corte se vio más adecuado enfocarse en Europa e intentar resolver desde allí la confrontación con los Países Bajos. No obstante, este planteamiento no supuso el abandono de las Filipinas, sino que estas adoptaron un nuevo papel, defensivo y basado en la idea de drenar los recursos del enemigo y obligarle a fijar sus fuerzas para evitar una mayor expansión. Sin embargo, el cometido atribuido a las islas no resultó en realidad decisivo para resolver el conflicto neerlandés y fue costoso para la Monarquía, que continuó derivando grandes cantidades de dinero, hombres y recursos a aquellas para sostenerlas hasta la firma de la Paz de Westfalia en 1648, cuando finalizó la guerra con los rebeldes flamencos. De este modo, la tercera y última parte de la obra se enfoca en estudiar cómo de modo progresivo se comprendió tanto en Madrid como en Manila la necesidad de cambiar los objetivos previstos para el sudeste asiático y la forma en la que se buscó el mejor acomodo para las islas a fin de alcanzarlos.

Las cuestiones militares o las relativas a la guerra con los neerlandeses fueron sin duda las protagonistas de la política filipina durante el reinado de Felipe III. Sin embargo, la creciente implicación en Asia también puso sobre la mesa reformas o planes económicos y políticos de gran calado y con gran repercusión para la Monarquía. Por ejemplo, las Molucas constituyeron un escenario bélico, pero también se presentaron como una oportunidad comercial. La posibilidad de aprovechar de una forma eficaz el valioso clavo de las islas, tal como lo hacían los neerlandeses, no pasó desapercibida para diversos oficiales reales y arbitristas, quienes, a través de sus memoriales y propuestas, buscaron reformar la Monarquía para que aumentase sus ingresos y pudiera introducirse de lleno y con fuerza en el tan prometedor negocio de las especias. Por otro lado, la necesidad de reforzar las Filipinas y formar su gran armada llevó a la búsqueda de una ruta directa entre España y el archipiélago que abriese la posibilidad de conectar de modo diferente los lejanos enclaves de la Monarquía. Gracias a esa vía, se pretendía satisfacer el interés de los mercaderes sevillanos por los productos asiáticos, pero también se esperaba facilitar la comunicación con el flanco pacífico, bastante aislado y algo desatendido, y en situación de mayor peligro debido a las incursiones neerlandesas iniciadas a finales del siglo xvi. Conseguir el establecimiento de esa conexión Sevilla-Manila fue uno de los grandes —y olvidados— objetivos de la política exterior hispánica durante la segunda década del siglo xvii y, a pesar de su escaso éxito, supuso un importante esfuerzo desde el punto de vista económico y naval.

A la postre, el espacio asiático se convirtió en el reinado de Felipe III en un elemento clave de las relaciones hispano-lusas dentro de la Monarquía. Por un lado, la guerra contra los bátavos contribuyó a que disminuyese el recelo entre los dos reinos ibéricos, lo cual se plasmó en una mayor colaboración entre ellos, tanto a nivel local como desde la metrópoli; de una forma nunca vista hasta entonces se buscó aunar esfuerzos entre sus respectivas administraciones orientales. Sin embargo, tampoco se

puede obviar que el desplazamiento del poder luso en Oriente en favor de los neerlandeses, sucedido durante este reinado, constituyó un factor clave para la progresiva erosión de la relación entre ambas Coronas. Desde el punto de vista portugués, su incorporación a la Monarquía había transformado a los neerlandeses, antes socios comerciales, en enemigos. Además, había sido España la que no había podido derrotarlos en Europa y había aprobado la tregua de 1609, con lo cual se había validado el establecimiento de aquellos en ultramar. Por tanto, el buen entendimiento del ámbito asiático también resulta fundamental para comprender las relaciones entre las monarquías ibéricas.

En resumen, el reinado de Felipe III, tradicionalmente deslucido y visto como poco activo e incluso pacífico, se revela muy diferente cuando se analiza el modo en el que se volcó en Asia y, en especial, en las islas Filipinas. A lo largo de este trabajo se demuestra que durante todo el reinado de aquel monarca, la gobernación del archipiélago asiático se erigió en uno de los aspectos más destacados de su política exterior y en un frente clave dentro de su estrategia imperial, pues constituyó el eje de importantes movilizaciones de recursos de todo tipo y de destacadas operaciones militares, pero también de proyectos político-económicos con potencial para transformar la Monarquía. Felipe III aspiró a solucionar el conflicto neerlandés, su principal desafío, a través de las Filipinas. Allí se buscó organizar el mayor proyecto militar ultramarino del reinado y fueron los socorros directos al archipiélago los responsables de movilizar una importantísima cantidad de recursos en unos momentos de ajuste y ahorro. Esto demuestra que estas islas y el sudeste asiático en general, lejos de ser lugares ignotos y desatendidos, condicionaron en gran medida el pensamiento y las decisiones del rey y sus consejeros, lo cual los convierte, sin lugar a duda, en un espacio que debe ser tenido muy en cuenta para comprender la realidad íntegra de dicho reinado.

Esta obra está organizada en tres grandes apartados que se corresponden con las tres grandes etapas de la política filipina, definidas en esencia por los objetivos de la Monarquía en las islas. Las distintas partes del estudio pivotan sobre la acción de gobierno de los tres gobernadores titulares de la época de Felipe III —Pedro Bravo de Acuña, Juan de Silva y Alonso Fajardo de Tenza—, pues en gran medida sus mandatos coincidieron con las mencionadas fases. Sin embargo, la investigación no está dirigida propiamente a analizar sus gobiernos, pues la política filipina no estuvo marcada de forma exclusiva por la actuación de aquellos, sino que también resultaron clave la voluntad del rey y la de sus ministros y consejeros. Es decir, la perspectiva de Madrid resulta tan importante como la de Manila para entender en detalle el desarrollo de la gobernanza del archipiélago. Por todo ello, se han intercalado apartados relativos a la metrópoli con otros específicos a la gobernación filipina. Podría decirse que el estudio posee una estructura pendular, pues, dentro del mismo marco cronológico, el relato oscila y pone el foco de modo alternativo en los principales centros de decisión: Madrid, Manila, México —intermediario clave entre los dos anteriores—, e incluso Goa.